

# CARPE TA CERO

CeDInCI

## PROSA

ERNESTO SABATO  
OSCAR PEYROU  
FERNANDO R. MORENO  
MIGUEL ALASCIO CORTAZAR

## GRABADOS

ANTONIO BERNI  
ITALO GRASSI  
CLAUDIA LEIGUARDA  
OMAR BRACHETTI  
NELIDA AGÜERO



ACTITUD

XILOGRAFIA

NELIDA AGÜERO

P.

# EL FANTASMA DE ALEJANDRA\*

por ERNESTO SABATO

grabado en linóleo de ANTONIO BERNI

CeDInCI

Una especie de inmortalidad del alma (pensaba Sábato que pensaba Bruno), no una verdadera inmortalidad. Porque aquella Alejandra que perduraba en el espíritu de Martín, que candente aunque fragmentaria se había mantenido en el corazón y la memoria del muchacho, como brasas ocultas entre cenizas, se mantendría mientras Martín viviese, y mientras perdurara él mismo, Bruno, y acaso Marcos Molina y hasta Bordenave y otros seres (magnánimos o siniestros, remotos o cercanos) que alguna vez habían participado de su alma, de algún fragmento maravilloso o infame de su espíritu. Pero, ¿y luego? Atenuándose con los años, volviéndose cada día más confusa y ambigua, convirtiéndose con el paso del tiempo en parcelas cada vez más turbias y lejanas, como el recuerdo de esos países que recorrimos en nuestra juventud y que luego fueron devastados por catástrofes y tempestades, por guerras, por muertes y desilusiones; aniquiladas grandes regiones de aquel recuerdo por la paulatina desaparición de los que alguna vez estuvieron en contacto con Alejandra, su alma iriase reduciendo crecientemente, envejeciendo con la edad de los sobrevivientes, muriendo con la muerte de los que de un modo o de otro participaron de aquella magia compartida: en el amor o en el deseo, en un crepúsculo o en innobles prostituciones. Y entonces, poco a poco, sobrevendría la muerte final. No ya de aquel cuerpo que alguna vez se había desnudado ante un Martín tembloroso en el antiguo Mirador de Barracas, sino de aquel espíritu que aún perduraba fragmentariamente en el alma de Martín y en la propia memoria de él, de Bruno. De modo que no existía una auténtica inmortalidad, sino apenas una mortalidad postergada y compartida de los seres que reflejaron o refractaron el alma de Alejandra. Y cuando ellos muriesen (Martín y Bruno, Marcos Molina y Bordenave y Molinari) y también muriesen los confidentes de estos desaparecidos, desaparecería para siempre el último recuerdo de recuerdo, y hasta los reflejos de esos recuerdos en otros de remotas personas, y los indicios de portentos o infamias, de purísimo amor o de encanallado sexo.

—¿Cómo, cómo? —preguntó Bruno entonces, respondiéndole Martín que era de madrugada cuando sintió que lo sacudían por los hombros, violentamente. Y vio, creyendo estar en un sueño, el rostro alucinado y pálido de Alejandra encima de él, cuando ya nada Martín esperaba de ella. Y con voz sombría y desgarrada dijo que le dijo:

—Nada, quería verte. Mejor dicho, necesitaba verte. Vestite, quiero salir de aquí.

Mientras Martín se vestía ella encendió con mano que temblaba un cigarrillo, y luego se puso a preparar café. Fascinado, Martín no podía dejar de observarla un solo instante mientras se iba vistiendo: llevaba un tapado de piel y parecía venir de alguna fiesta, pero estaba sin pintar, horriblemente demacrada y ojerosa; pero, además, parecía haberse vestido a la disparada y sin ningún cuidado, como quien ha debido huir de alguna parte sin pérdida de tiempo. Se acercó a ella e intentó acariciarla, pero ella gritó que no la tocara y entonces él quedó paralizado. Había gritado esa advertencia con aquel fulgor salvaje en los ojos que él tan bien conocía, cuando estaba tensa como un resorte a punto de romperse. Pero en seguida le pidió perdón y el pocillo se le cayó.

\* Capítulo de una novela en preparación.

—¿Ves?— comentó, como si fuera una explicación.

Sus manos seguían temblando como si tuviera fiebre.

Martín salió a lavarse, pero sobre todo para ordenar sus ideas. Cuando volvió el café ya estaba preparado y Alejandra se había sentado, pensativa. Martín sabía que lo mejor que podía hacer era no preguntarle nada, así que tomaron el café en silencio. Luego ella le pidió aspirina y, como era su costumbre, la masticó sin nada, y luego volvió a tomar café. Después de un rato se levantó, como si le volviera aquella inquietud y le dijo que salieran, que quería tomar fresco.

—Caminemos por la ribera. O mejor subamos al puente.

Un marinero dio vuelta la cabeza y Martín pensó, con pena, que aquel hombre la tomaría por una puta, con su tapado de piel y su cara, en aquellas horas de la madrugada.

—No te preocupés tanto— comentó ella con su voz seca, adivinando lo que pensaba— De todos modos se va a quedar corto.

Subieron al puente transbordador y se acodaron sobre la baranda, en la mitad del río, mirando hacia la desembocadura: como antes, como en tiempos infinitamente más felices; tiempo que en ese instante (pensaba Bruno), a Martín le parecería pertenecer a alguna vida anterior, a una remota encarnación de la que nos acordamos ambiguamente, como en los sueños y en las paramnesias.

La noche era una de esas noches de agosto, frígida y nublada, y el viento del sudeste los golpeaba de costado. Pero Alejandra abrió su tapado como si quisiera helarse, y respiraba profundamente, con ansiedad. Hasta que por fin cerró su tapado y Martín se tranquilizó. Entonces ella le apretó el brazo y dirigiendo su mirada hacia abajo comentó:

—Me hace bien todo esto: estar con vos, ver un barrio así, de gente que trabaja y hace cosas precisas, sanas y precisas: un tornillo, un puente, una rueda. De pronto me gustaría ser hombre, ser uno de ellos, tener uno de esos pequeños destinos.

Se quedó pensativa y encendió un cigarrillo, con el resto del que se le terminaba.

—Teníamos ejercicios espirituales, retiros.

Martín la miró sin entender. Ella se rió con su risa dura y un poco macabra.

—¿Sentiste hablar del padre Laburu? Hacía unas descripciones del infierno que nos aterrizzaba. Y la eternidad del castigo. Una esfera del tamaño de la Tierra, una gota de agua que cae y la desgasta. Y cuando aquella esfera se terminaba, se empezaba con otra igual. Y después otra y otra, millones de esferas del tamaño del planeta. Infinitas esferas. Imaginaos, niñas. Y mientras tanto te asan al spiedo. Hoy me parece tan candoroso. El infierno está aquí.

Volvió al silencio, chupando anhelosamente su cigarrillo.

A lo lejos, río afuera, un barco hacía sonar su sirena.

¡Qué lejos estaba ahora aquello de irse de Buenos Aires! Martín reflexionaba que en ese momento ya Alejandra no pensaba en términos de viaje sino de muerte.



N:  
ORTAZAR  
ENO  
MENDEZ  
JIDE

—Me gustaría morir de cáncer —dijo—, y sufrir mucho. Uno de esos cánceres que te torturan en forma durante un año, mientras te podrías en forma. Se rió con la risa dura, se quedó en silencio un largo rato y luego dijo:

—Vamos.

Y se dirigió hacia la escalera.

Caminaron hacia la Vuelta de Rocha, sin hablar. Al llegar a Australia se detuvo, lo hizo volver con fuerza hacia ella y mirándolo de frente con ojos un poco como los que se tienen cuando la fiebre es muy alta y el enfermo delira, le preguntó si siempre la quería.

—Tu pregunta es idiota— respondió Martín con aflicción y desconsuelo.

—Bueno, oí bien lo que te voy a decir. Hacés muy mal en quererme y mucho peor es que yo te ruego que me quieras. Pero lo necesito. ¿Me oís? Lo necesito. Aunque no te vea nunca más. Necesito saber que en algún lugar de esta inmunda ciudad, en algún lugar de este infierno, estás vos y que vos me querés.

Como si de las grietas resacas de una piedra ardiente pudieran brotar algunas gotas de agua, así salieron unas lágrimas de aquellos ojos delirantes, y bajaron por su cara durísima y demacrada. Entre aquella Alejandra y la que un par de años antes él había encontrado en un parque de Buenos Aires, se abría un abismo de siglos tenebrosos.

Y de pronto, sin despedirse, casi corriendo, se fue por la calle Australia hacia el lado de su casa.

Bruno vio cómo Martín lo miraba, con aquella mirada interrogativa que acostumbraba dirigirle, como si en él, en Bruno, pudiese encerrarse la clave de aquel documento cifrado que había sido la relación entre Martín y Alejandra. Pero Bruno no respondió a esa interrogación muda, y más bien quedó cavilando en aquel volver de Martín, después de casi veinte años, a los lugares que de alguna manera revivificaban el recuerdo tenaz. En aquel tiempo, cuando apenas era un chico de dieciocho años, empujado por la soledad de su adolescencia, había recorrido esos mismos senderos del Parque Lezama que ahora recorría de hombre, con sus treinta y tantos años de hombre que sin embargo no había logrado desembarazarse de aquella carga, y que en cierto modo se manifestaba grotesca pero tiernamente en el cortaplumas blanco que tantas veces había abierto y cerrado, delante de Alejandra o de él mismo, de Bruno, contemplándolo mecánicamente, mientras su espíritu balbuceaba palabras de amor o desesperanza. Habían endurecido con asfalto los viejos y modestos senderos de tierra y cascote, habían retirado las estatuas (con la sola y milagrosa excepción de aquella copia de Ceres, delante de la cual había comenzado la magia), habían quitado los bancos de madera, con esa propensión brutal de los argentinos a no dejar un solo resto intacto de nuestro pequeño pero por eso mismo conmovedor pasado. No, no era ya el Parque Lezama de aquel tiempo de su adolescencia, y con pena debió sentarse en un abstracto banco de cemento, para mirar desde lejos aquella única estatua que había dejado la triste operación: la misma estatua de Ceres que en aquel atardecer de 1953 presenció el mudo llamado de Alejandra. No, no se lo dijo

así, claro que no. Su pudor le impedía hablar de hechos tan significativos sobre el tiempo y la muerte. Pero Bruno podía adivinarlo, porque aquel muchacho (¿aquel hombre?) era como su propio pasado, y podía entrever sus pensamientos más recónditos a través de palabras tan triviales como caramba, qué lastima, esos bancos de cemento, esos senderos de asfalto, ... no sé... yo creo..., mientras abría y cerraba su cortaplumas de una manera que parecía estar examinando el estado de su funcionamiento. Así que a través de esas trivialidades Bruno reconstruía sus verdaderos sentimientos, y se lo imaginaba en aquel atardecer contemplando la misma estatua durante horas, hasta que la noche, una vez más, sigilosamente iba descendiendo sobre los pensativos leones de bronce y sobre los hombres solitarios que repiensen sus destinos, sobre los enamorados que allí intentan su secreta violencia o reciben su modesta magia. Y tal vez (seguramente) volvió a oír la sorda sirena de un barco lejano, como en aquel inverosímil tiempo de su primer encuentro. Y tal vez (seguramente) sus ojos nublados la buscaron absurda y dolorosamente entre las sombras.

# PREGUNTAS SOBRE CARLOS SERRANO

cuento de **OSCAR PEYROU**

grabado en linóleo de **ITALO GRASSI**

CeDInCI

**D**ónde conociste a Carlos Serrano?

¿A quién?

¿Dónde conociste a Carlos Serrano?

No sé quién es.

¿Cómo decís?

Que no sé quién es. Tengo mucha sed y

¿Dónde lo conociste?

Le digo que no lo conozco.

Sargento. No se acuerda.

¿Ahora te acordás?

No, por favor

¿Ahora?

No sé qui  
Me parece que está por acordarse. Carlos  
Serrano, ¿dónde lo conociste?  
Le juro que no sé quién es.  
Muéstrole la foto, sargento.  
Es éste, ¿lo conocés?  
No. Nunca lo  
¿No lo conocés?  
No.  
Dice que no lo conoce sargento, pero estoy  
seguro de que miente. Mójelo un poco y traiga  
el aparato.  
Señor le juro que no sé quién es. Si supiera  
le diría.  
Tráigalo sargento.  
No no no lo  
Te conviene contar lo que sabés. Te vas a  
ahorrar problemas.  
¿Pero usted no entiende? No sé quién es.  
Mójelo un poco sargento. Ahí. Así está bien.  
Bueno, por última vez, ¿dónde lo conociste?  
Pero ya le dije que  
Por ahora está bien sargento. A lo mejor

ahora se acuerda. Muéstrole la foto.  
Pero le dije que  
Tranquilo sargento. No se apure, tenemos  
tiempo.  
¿Dónde lo conociste?  
En una reunión.  
¿Dónde?  
En la calle Riobamba. Una reunión.  
¿Quiénes estaban además?  
No los conozco.  
Un poco más de agua por este lado sar-  
gento. Así está bien.  
No los conozco le juro que no los conoz  
¿Quiénes estaban?  
Los vi por primera vez ese día.  
¿Cómo eran? Muéstrole las fotos sargento.  
¿Este estuvo?  
No.  
¿Este?  
No.  
¿Este?  
No.  
Acérquele un poco el aparato sargento. Un



poco.

¿Este?

No. Seguro.

¿Este?

Ese puede ser. No estoy

Le dije que hay tiempo sargento.

¿Este?

Sí. Ese estuvo.

Mentira. Este no estuvo. Ya estaba muerto en esa época.

Era pareci

Sargento. Deje el aparato. Descanse un poco. Está nervioso. Usted es muy nervioso sargento. ¿No le dije que hay tiempo? ¿Así que era parecido?

Sí. Parecido.

¿Cómo se llama éste?

No sé.

Pregúntele usted sargento. Pero con tranquilidad.

¿Cómo se llama?

No s

¿Ahora te acordás?

No. Por fav

¿Ahora?

Juan creo que Juan.

¿Seguro?

Sí.

¿Y el apellido?

Me lo presentaron así. Juan.

¿Y a éste lo conocés?

No. A ése no.

¿Quién es?

Le dije que no lo conozco.

No importa que grites. Gritá más fuerte si querés.

No lo conozco.

Dice que no lo conoce sargento.

¿Lo conocés?

Pero le

¿Lo conocés?

Sí, sí.

¿Quién es?

Ese es Serrano.

Dice que éste es Serrano sargento.

Es Serrano. Es Serrano.

¿Así que éste es Serrano?

Sí. Le dije que

¿Sabés quién es éste?

Serran

No. Mentira. Este no tiene nada que ver con ustedes. Muéstrole la otra foto sargento.

¿Sabés quién es? Hablá. ¿Quién es?

Nunca lo vi.

¿Nunca lo viste?

No.

¿Seguro?

Sí.

Dígale quién es sargento.

Este es Carlos Serrano.

El sargento dice que ése es Serrano. ¿A vos qué te parece?

Sí. Es Serrano.

Así que es Serrano.

Sí.

¿Estás seguro?

Sí sí por favor no

¿No será éste Serrano? Mirá bien las dos fotos.

Estoy confundido. Ahora no

Tené cuidado con lo que decís. ¿Cuál es Serrano?

Me parece que éste.

¿Seguro?

Sí. Estoy confundido. Creo que

Déjelo que piense sargento. No se apure.

¿Este o éste?

Este.

Salga un momento sargento. Después lo llamo. ¿Así que es éste?

Sí.

Lo conociste en una reunión en un departamento de la calle Riobamba.

Sí. Riobamba y Cangallo.

¿Qué piso?

No estoy seguro. Creo que tercero.

¿Quiénes estaban además?

Ya le dije. Juan. A los otros no los conozco.

Y después te empezaste a encontrar con Serrano.

Dos o tres veces.

¿Para qué te encontrabas?



Para conversar. ¿Me puede dar un poco de agua? Tengo mucha

Te encontrabas para conversar.

Sí.

¿Te gusta que te toquen acá?

No.

¿Y si te acaricio así?

No. No me toque.

¿Y si una mujer te toca así te gusta?

No me toque hijo de puta.

¿Así te gusta que te agarren? ¿Así te gusta?

Contestá carajo. ¿Así te gusta?

¿Me llamó jefe?

No sargento. Cierre la puerta. ¿Me vas a decir para qué te encontrabas con Serrano? Bueno, calmate. Después me contás todo. Calmate ahora. Sargento.

¿Va a hablar?

Me parece que sí.

¿Para qué te encontrabas con Serrano?

No oigo lo que dice. ¿Usted oye sargento?

No. Habla muy despacio. Creo que dice que le duele.

Bueno. Tranquilo. Ya está. ¿Para qué te encontrabas con Serrano? ¿De qué hablaban?

Pregúntele quién puso la bomba en la embajada jefe.

¿Oíste lo que dijo el sargento?

Dice que no.

No. No pue

Siga usted sargento. Voy al baño y vuelvo.

Bueno jefe. ¿Quién fabricó la bomba?

No sé de qué me habla.

¿Quiénes fueron con vos?

Le digo que no sé de qué me habla.

¿Serrano estaba con ustedes, no?

No. No sé.

¿Quiénes fueron entonces?

No sé.

¿Quiénes fueron?

No sé.

¿Alguien te dijo que tenés una linda cara? Tenés muy suave la piel. ¿Y la nariz? ¿Te dijeron que tenés una nariz linda? A ver los dientes. Abrió la bo

¿Dijo algo sargento?

Por ahora no jefe.

¿Qué hizo sargento? Vaya a lavarse las manos. Usted es muy nervioso, ya se lo dije varias veces. Hay tiempo. Vaya a limpiarse. Tiene toda la camisa manchada. Y vos abrí los ojos. Vamos, no te hagás el dormido. Abrió los ojos. Así está bien. Ahora escupí. No te vayas a tragar algún diente. Escupí. Cuando vuelva el sargento te vamos a mostrar otras fotos. Abrió los ojos.

# UNOS SUEÑOS

cuento de **FERNANDO R. MORENO**

xilografías de **CLAUDIA LEIGUARDA**

**N**onena, no se tire que no hay pileta le dije yo, a ver si te creíste que pasó algo. Turco atorrante. A ver si te creíste que yo soy como la Marta o como la Rosa Sanches o como la payita esa nueva, que cuando entró a trabajar no mataba una mosca y mirála ahora haciéndose la no sé qué, pobres infelices. Vos por quién me tomaste: se me revuelven las tripas de pensar que ese sapo se me echa encima y me babosea toda, con la lengua de vaca que tiene. Si te cuento lo que hizo con la lengua . . . ; mejor no te cuento. La sacó hasta acá ves, y la enroyó así para arriba, mmm, y me dijo sabés lo que sé hacer con esto Normita, mirá que herramienta. Y se me empesó a acercar con ojos de perro caliente; tuve que soltar la máquina y le dije métasela en ese sitio, si es que yega. Por mí que la Marta y la Rosa Sanches y la Payita saquen su ventaja, o te cres que les tengo envidia. Bueno un poco les tengo, a quién no le gusta pasarse a las oficinas y estarse el día nomás metiendo papelitos en las carpetas y atendiendo teléfonos. Pero hay precios y pre-

cios nena: qué querés que te diga, a mí me da una cosa que no puedo, es más fuerte que yo. ¿Viste cuando a una alguien le da un asco que ni puede sentirlo cerca?: yo al Turco no lo puedo ni sentir cerca. Además Odulio si se entera me mata, con el carácter que tiene te juro que me mata. ¿Sabés lo que me dijo un día, después que consiguió el doble turno en la línea? ¿No te lo conté nunca? Me dijo mirá, no sé si cuando nos iba mal me coronaste alguna vez, por ahí me contaron algo que no lo quiero averiguar ni te voy a preguntar por qué lo hiciste, pero si ahora que me mato trabajando, que tengo la casa que no nos falta nada te pesco en un renuncio, te asesino a patadas. Sí reíte, vos no lo conocés a Odulio cuando está enojado. Y no te cuento antes, cuando tomaba esa barbaridad: casi me fractura un día, sabés cómo se me notaban los golpes nena, todo por aquí en el brazo, y hasta acá por el cueyo, y cuando me quise escapar me torció la muñeca que casi me la rompe. Yo le decía que porque tomara así no le iba a salir el trabajo; te cres que me escuchaba . . . Decía que tomaba de la angustia, que estar haciendo colas sin que le saliera nunca nada le daba mucha angustia. Cuando le decía que con ese aliento no le iban a dar trabajo en ninguna parte se ponía como un loco, me puteaba de arriba abajo. Después se le pasaba, le daba la tristesa: decía que había nacido ojeado. Decía por qué tenía tanta mala pata, por qué en diez años de textil nunca había cobrado un año todas las quincenas. Qué por qué cuando no suspendían a todo el personal por la falta de producción, lo echaban a él solo por una huelga que hicieron todos. Y después te salía con que lo tenían fichado, que con tanta desocupación, por más bueno el aliento, un meado por los perros como él nunca iba a conseguir nada. No me canso de dar gracias a la Virgen de que hayamos salido de ésa. Las que pasé nena, Odulio cuando todo va bien es una cosa, pero cuando las cosas van mal no se lo aguanta.

Ahora si acá nos suspenden no sé qué va a pasar; con las cuotas que tenemos. Ni que el Turco lo hubiese adivinado: después que lo largué duro me dijo y si te suspendo, Normita . . . ; mirá que hay otra tanda. Yo le dije que no me tomara por pava, pero sabés cómo me quedé no. ¿Vos oíste algo? La Marta no dice nada; qué va a decir la Marta, me ve y mira para el otro lado. Tanto orguyo, tanto orguyo en el fondo sabés lo que es, nena ¿no?: la vergüenza que tiene. El otro día lo agarré al Ernesto y le pregunté, él sabe las tramoyas del Turco, si le hace todos los mandados. Pero viste que no larga, tiene más miedo . . . Aunque algo me dio a entender: miró para todos lados y se puso serio, así como hace él, y me dijo y, acá todo puede ser. La está hundiendo a la fábrica, me dijo. ¿Vos qué entendés? Si me quedo sin el sueldo el televisor se lo llevan sabés cómo . . . Y la heladera; bueno, lo peor que nos sacan la casa. Ya me veo otra vez con los chicos en Gerli, en lo de mi hermana, como esa vez que me separé de Odulio porque no nos alcanzaba.

Nunca se puede vivir tranquila nena, ésa es la conclusión que una saca. Y menos mal que decidieron no hacer la huelga; una locura era, si la Textil no se había plegado. Viste que las de la comisión me tuvieron que amir que así la empresa te despedía más fácil eh, por eso yo les pedía que me lo explicaran bien explicadito. Todas estaban no hay que venir no hay que venir, repitiendo como loros: como si yo le pudiera dar el gusto al Turco de largarme a la calle sin pagarme un peso. Con lo que necesito. Te juro que con todas estas cosas estoy sabés cómo, no; de noche sueño unas pesadillas que ni te cuento . . . Ayer era que le decía que bueno, que sí, pero que me tenía que yevar de secretaria, con el doble de sueldo. Y él, lo más serio, lo piensa y me contesta que la dificultad era que no sé máquina. Y yo toda despreciativa le decía que estaba bien,

que si había dificultá, entonces nada . . . Pero no era yo; o medio de cuerpo sí, pero de cara era María Vaner. Y mirá que no la puedo ver, con lo que le arruinó la vida a ese pobre muchacho. Viste cómo él está a la miseria, con qué tristesa canta . . . El otro día en el programa de Mancera cantó una canción que la letra, aunque no la nombraba, se refería a eya: se le yenaron los ojos de lágrimas. Y después eya quién se cree que es, lo que yo digo siempre. A mi gusto no vale nada.

Pero era María Vaner; de cara, no; yo me notaba que la cara era de eya. ¿Por qué será que una sueña tantos disparates . . . ? Después me acuerdo que estaba en un departamento del Turco en el centro, amueblado como en las revistas. ¿Sabés lo que tenía que hacerle? Dormida y todo me dieron ganas de vomitar, suerte que me desperté a tiempo, si no le largo los chanchitos encima a Odulio. Yo quisiera saber por qué a lo menos no tenía la cara de Carola, la esposa nueva de Favio. Esa chica sí que lo quiere, se ve tan buena. En el Canal TV aparecen siempre juntitos, haciéndose arrumacos. ¿Que una de éstas es propaganda? Y bueno; pero yo el Canal TV lo compro desde hace años, desde que salió casi, y te puedo asegurar que a la otra nunca la vi haciéndole cariños ni nada. Muy fría es eya, muy orguyosa; qué sé yo, a mí me rechasa. Después que rompió con él anduvo con varios, mostrándose por todas partes, para desesperarlo sabés. Al Turco le vendría bien meterse con una así, meterse bien metido, que lo volviera loco, lo dejara como trapo de piso, que después lo tirara por cualquier parte. Una mujer fatal nocierto, así como es eya, para no decir una mala palabra. Y bueno, él tiene plata, vas a ver que un día le pasa. Un día se va a cansar de nosotras, por más baratas que le salgamos, acordate que por ahí entonces le pasa. Nosotras no sabemos tantas mañas; además, aparte la poca vergüenza, hacen falta tantas cosas . . . Yo a la María Vaner no me paresco nada, ni peinándome como eya me paresco; no sé por qué lo soñé. Si no se me hubiese acabado la quincena, ahora iría a ver una señora que conos-



co, que te lee las manos y sabe de los astros y los sueños y todo eso, para que me dijera. En cambio mis sobrinas dicen que si me tiñera de rubio me parecería bastante a Yilda Lusec. Lo que pasa es que eyas se están todo el día viendo televisión, y como al final se cansan, empiesan a buscar parecidos. En cuanto entren a trabajar se les acaba, que disfruten mientras puedan. ¿Sabés que a la tarde se ven los teleteatros todos seguidos, uno después de otro? Cuando me empiesan a nombrar atrices y atores, la mitá yo no los conosco. La otra noche la mayor me dijo que la María Vaner a eya le gusta, que es tan interesante . . . Por algo la madre anda diciendo que ésta le va a salir descocada. Qué va a ser interesante, ni siquiera cantar bien canta. Si este coletivo se sigue parando perdemos el de las siete nena, no sé si te diste cuenta. Y si a las nueve no estoy en casa Odulio se va a tener que cocinar él; y la bronca que se arma.

No; qué va a ganar ahora bien. El cree que gana bien porque nunca trabajó tanto, pero si la plata no nos alcanza para nada. En cuanto cobramos yo saco lo de los gastos grandes, y con lo que sobra separo paquetitos iguales de plata, uno por cada dos días, para no pasarme. Si vieras los sofocones que me agarro a la noche, cuando hago las compras; decí que una es organizada, si no más de una vuelta comeríamos tierra. Seis bocas somos con mi suegra nena, eso es lo que nos mata. El que no es organizado es Odulio; para colmo, como está convencido de que ahora tenemos plata, se viene con unas pretensiones . . . Pobre de vos si dos noches le servís la misma comida, o lo que sobró del otro día, te mata con la cara. Es fantasioso a veces . . . ; no sé cómo explicarte. Cuando está otimista la cabeza le anda demasiado rápido, algo así le pasa: nomás ayer hablaba que teníamos que agrandar la casa, que la nena es grande para dormir en la misma piesa con los varones, qué sé yo cuántos imposibles. Yo no le digo nada sabés, lo dejo . . . , si le yevás la contra se arma. A la mañana está más razonable, cuando recién se levanta: parece como si el cansancio, en

ves de darle sueño, lo pusiera esitado. A lo menos ahora no se le da por pegarme, ni decir barbaridades, de ésas que te lastiman de veras, más peor a veces que los golpes. Como ese día que me dijo lo de los cuernos nena, lo que te coné antes. Yo quisiera saber cómo hay gente felís haciendo el mal; no me hago la idea quién se lo puede haber contado. Pero ya que lo averiguó lo hubiese averiguado bien y todo, y por qué fue y todo, y qué iban a comer los chicos si yo no me las arreglaba para traer plata a la casa. Si hace bien memoria seguro que no habla.

Me parece que ese tren lo perdimos nena, no hay nada que hacer, ahora a esperar el de las y veinte. Lindo plantón, eh; y ése es con trasbordo, vamos a yegar a las tantas. ¿Por qué no me acompañás a la perfumería, que tengo que comparar unas cosas? Paquete de algodón, me está por venir el asunto; y quiero ver si tienen una tintura barata. Quería ver si . . . No; aparte el perfil un poco, no creo que me le paresca nada. Nomás por darle el gusto a mis sobrinas me compraría una tintura, a ver qué pasa. Me la pondría esta noche, así Odulio mañana cuando se despierta se yeva la gran sorpresa. Me voy a peinar de alto, como está siempre eya, para parecerme bien. ¿Se dará cuenta Odulio, o no se dará cuenta? Televisión casi él no ve, yega muy cansado: no sé ni si se acuerda de la Yilda Lusec. Lo mata el coletivo nena, tanto lidiar con la gente, y con el tráfico; además siempre le duelen los riñones. Son doce horas dale que te dale nena. Además como es él, con lo mal que se pone cuando se cansa, siempre tiene alguna pelea. Con tal que un día de éstos no le pase una desgracia; eso es lo que le pido a la Virgen, todas las noches. Anoche le pedí también que no vaya a hacer la huelga: lo único que nos falta, que pierda este trabajo tan bueno. Pero con Odulio nunca se sabe nena, ni le quise tocar el tema. Se vuelve loco por la política, siempre le gustó la política: cuando te empiesa a hablar de política, y de la clase obrera, y de las conquistas, te larga el royo que no termina nunca. Dice que la clase obrera

vamos a tener que luchar, nos guste o no nos guste vamos a tener que luchar. Que nos van sacando todas las conquistas, que ya estamos peor que cuando yegó Perón. Como si precisara que me lo digo él para darme cuenta; pero de otras cosas parece que él no se da cuenta. Yo sola sé las que tuve que pasar por las huelgas que él hizo. ¿Por qué los hombres siempre están pensando cosas nena, por qué no se quedarán más quietos? Que disfruten un poco lo que tienen, más vale eso que nada. Si a lo menos le diera por el fútbol, o se entretuviera con algo; pero a Odulio el fútbol le gusta, dice que está gordo para correr la pelota, y que a ver como corren otros no le encuentra la gracia. El franco es la cosa: o se está cayado como una tumba, que no le sacás una palabra, o empieza a dar vueltas y vueltas por la casa y te habla que te marea. Decí que al final consigo que se siente y vea televisión un poco, para que se distraiga. Pero esa vez de la inundación, que se nos arruinó el televisor, no te digo lo que eran los francos. Una vuelta me cansó tanto que le dije que bueno, que si pensaba así que se fuera a algún monte y se hiciera guerrillero, a mí que me dejase tranquila.

Bajamos en Caseros sabés, y nos vamos caminando a la perfumería de Lima. La Griselda me dijo que ahí tienen una tintura barata pero muy buena, no se te va cuando te lavás la cabeza. La capatasa nos retó porque nos quedamos hablando en el baño, ni medio minuto. Qué quería la capatasa: no sé el Turco de dónde las saca. Lo que pienso es qué dirá ése si me ve de rubia; más si me sale el parecido. Va a venirse de nuevo a la carga. En mi lugar ¿vos qué harías nena? A veces una, la verdá, no sabe . . . Si fuese algo más seguro, que te diese tranquilidad, a quién no la tienta. Odulio no tendría que enterarse nocierto; le diría que me ascendieron, que a veces tengo que quedarme hasta más tarde, haciendo estras . . . Pero siempre alguien va con el chisme, yo sé lo que te digo nena, siempre alguien cuenta. Y después que él, en cuanto se cansó, te manda de nuevo a la máquina: ya vas a ver lo que le pasa a la Marta, que está tan segura. La Marta



es muy nueva en la fábrica, no vio lo que vimos nosotras. Además ahora, como se puso piyada, no habla con nadie; y la que no habla no se entera de nada. Bueno, sarna con gusto no pica, como dicen nocierto.

Lo malo es yegar tan tarde; seguro que Odulio está durmiendo. Ni siquiera eso nena, no sé cuánto hace que ni siquiera eso. Desde que se pone así los francos, cada vez hay menos oportunidad; entre semana viene muy cansado, come y a la cama. Y si le yegás a decir algo te grita, te pregunta si siempre estás pensando lo mismo, si no sos una mujer decente. Como si una fuera una loca; toda mujer normal cada tanto tiene sus ganas. Y ahora me baja el asunto, así que otra semanita sin nada. A veces me pregunto por qué todo será tan complicado; porque todo es muy complicado, por más que hagas, ésa es la conclusión que una saca. Y bueno, hay que distraerse con algo nena. En cuanto yegue a casa voy a mirar esa foto en colores que tengo de la Yilda Lusec, para fijarme el tono del pelo. Me parece que es rubia apenas, más bien castaña; claro que la piel es más blanca, pero mis sobrinas dicen que el parecido es de los ojos, y de la forma de la cara. Mañana me decis qué te paresco: si me sale bien, uno que yo sé se va a quedar con la boca abierta. Pero más lo pienso y más veo que no vale la pena; dejarse manosear por nada. Y a mi Odulio no lo cambio por ese viejo, ya quisiera parecersele . . . Turco atorrante. En cuanto termine me acuesto, a ver si sueño otra vez que soy la María Vaner. ¿A vos te parece que es interesante? Yo creo que es la forma que mira, la habilidá para hacerse la enigmática. Yilda Lusec sí es una dama, tan fina; eya sí es interesante. Y mucho más linda nocierto; qué sé yo, a lo menos a mi gusto. Yo siempre sueño que soy otra, nena, todas las noches; sueño cada cosa . . . A veces me dan ganas de pasármela durmiendo. Qué raros son los sueños nocierto. Una vuelta la señora que te dije me esplicó uno, no sé quién había soñado que era: me dijo que yo deseaba ser estreya, que

si tenía voluntá y me lo proponía de veras, podía serlo. Me ves a mí en la tele nena. Y bueno, una lo dice así y parece un disparate, pero la verdá, leyendo las revistas te enterás que antes muchas fueron pobres bien pobres. Quién sabe un día si un canal hace un concurso o algo así, buscando una estreya, me decido y voy que me prueben. Lo malo es que tendría que faltar a la fábrica. Y el Turco, con la bronca que me tiene ahora, una de ésas me suspende cinco días. Ves que todo es muy complicado nena.

En la esquina bajamos; sí, es Caseros ésta. Mirá, de tanto hablar casi nos pasamos. Odulio dice que a veces hablo como si me dieran cuerda, porque el aire es gratis. Y bueno, hablo por lo que no habla él, que se lo traga todo nocierto, que si habla sólo habla para asustarte, nocierto.

Vamos apuráte bajá nena.

# ULTIMO VIAJE

cuento de **MIGUEL ALASCIO CORTAZAR**

grabados de **OMAR BRACHETTI**

CeDInCI



"En aquel cuyo ser no está conquistado, su mismo ser obra como su enemigo, como si fuese un adversario externo".

Bhagavad - Gita, VI, 6

Encendió el cuarto cigarrillo. Se sentía defraudada. Hasta la apariencia de dignidad, que suele revestir ciertos aspectos de situaciones similares, le había sido escamoteada.

Cuanto antes mejor —pensó— aspirando con ansia.

La embargaba una imprecisa sensación de asco que no terminaba de ahogar una remota esperanza de placer.

Arrellenada en el sillón favorito de Adriana esperaba las sanguijuelas. Vendrían desde los rincones y las habitaciones penumbrosas. Desde sombrías fauces de paladares negros y pardos y babas violetas, con destellos rojos como los pesados cortinados de damasco del comedor clausurado desde que fallecieron sus padres en el hundimiento del Ciudad de Corrientes.

Fulvia pensó en su vida. Esa patética sucesión de presentes había dejado de importarle. Una calle desierta, mohosa, envejecida de golpe, asfixiada en la espesa y neblinosa estela que Adriana dejó un siglo atrás de apenas cuarenta y ocho horas, luego de recorrer por última vez su piel encendiendo, febril, las farolas de luz blanca y mortecina que atraía a los gnomos, desde lejanas constelaciones de brillantes, para sumirla en el universo invisible y misterioso de la vida y de la muerte. En sus galaxias y en sus subterráneos.

Eso había pasado hacía tiempo. Ahora la pareja estaba rota. Era el hecho. Mejor, la imagen incontrovertible del hecho. Su cuerpo no era más que un recipiente de gastadas sensaciones superpuestas, incomunicadas entre sí, a la espera del efecto definitivo, del último viaje.

Sólo debía aguardar que el musgo dorado terminase por cubrir sus ramas, para cobijar a las sanguijuelas que llegarían precedidas de monitos juguetones, de mirada inexpresiva, que se columpiarían en sus gajos más fuertes sobre un vacío insondable azul y verde.

Ni siquiera tengo pasado, pensó. Mi pasado es mi futuro. Aspiró hondo y sintió que flotaba, miró hacia abajo y se vio en el sillón de terciopelo gris con la mirada fija en el cielo raso, cuyas vigas comenzaron a desdibujarse en ondas luminosas.

Si por lo menos una vez, una vez sola me hubiera sentido feliz junto a Adriana, pero no, nada. Nada y no. Así de fácil.

Evocó su propio grito, absorto por la certidumbre de no poder impedir la muerte de Adriana. Tal vez sí . . . Pero en aquel instante sintió envidia por ella, y sólo gritó.

Adriana bebió el veneno con el whisky de la medianoche, sencillamente. Un whisky de medianoche, por simple costumbre.

Con el grito había salvado su responsabilidad. Pero aquel gesto de Adriana era quizá lo único claro, lo único auténtico en sus vidas.

Adriana, no. ¡No, Adriana . . . !

Adriana también lo había recordado. Tal vez soñó vagamente que lo recordaba, entre el ulular rabioso de la sirena, atrapada en la impotencia de larvar en Fulvia esa claridad relampagueante que hacía de su mente un instrumento capaz de recomponer todo a su alrededor. Pero estaba agotada. La habían vaciado. Y se había dejado vaciar, con prisa sin pausa, con el deseo irrefrenable de hundirse hasta el fondo, hasta lo más recóndito de sus entrañas donde nacía la angustia que la ahogaba por nada. Y volvió a sentirse oruga adherida a una superficie lisa y bruñida que conocía tan bien y en la que se sentía libre, completamente libre, porque podía salir por adelante pero también por la otra punta, cuidándose en los bordes filosos porque la lata estaba desfondada y era la mejor lata, la más limpia, la única parecida a una verdadera casa que había encontrado en el vaciado. Ese ordenado desorden maloliente poblado de viboritas en el que ella, Adriana, era Adriana-oruga.

Las voces de los enfermeros, desde la cabina, le llegaron como llantos lejanos, desdoblados. Flotaban en el aire tenue y blanco y se sintió niña y quiso llorar y no pudo, como tantos niños, y entonces recordó que a su madre le había inventado un título nobiliario porque Fulvia era biznieta

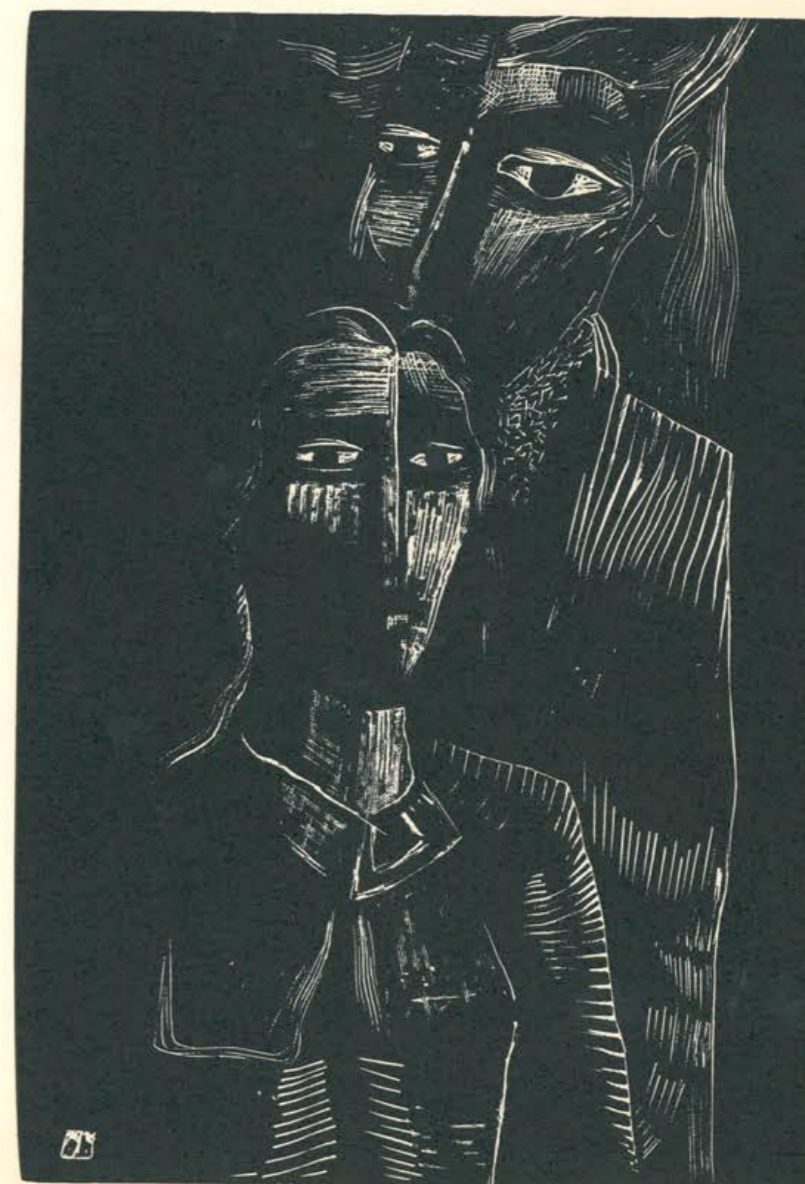


de un barón de la monarquía de Víctor Manuel; y el jadear de Juancho, aquella noche en el Bajo Belgrano— volvió a quemarle el rostro. La lucha inútil, el aliento, la tensión, la espera aferrada al volante, todo.

Fulvia no le sacaba sus desorbitados ojos de encima. Tomó sus manos y recordó sus caricias. Roberto y Juan Carlos, tirados sobre la alfombra persa, junto al barandal de la escalera, se besaban mientras los pequeños seres silenciosos hacían pantomimas. Bailaban una danza como las antiguas bacantes, según un libro que leyeron los cuatro cuando esperaban el alba en Paseo Colón cantando "Adiós muchachos", con el cansancio acre que produce el esfuerzo de regresar siempre al punto de partida más acá del cual, Adriana sabía que volvería a encontrarse con Juancho y con el vacío angustiioso de ser hija de madre desconocida y de padre rompehuelgas bien remunerado.

Había vivido entre fantasmas, en una fuga que no tenía principio ni fin. Todo estaba claro, y quiso decírselo a Fulvia y sólo emitió sonidos ronc, apagados. Esa certidumbre le hizo recobrar el miedo a la muerte real. Lo sentía en el depósito de fundición, cuando se dormía en aquellos brazos agotados. Demasiado tarde. Siempre le había parecido demasiado tarde. No había puerta de escape.

El languidecer de la sirena coincidió con el recobramiento de Fulvia en tanto le llegaron nítidos los chillidos de Roberto y Juan Carlos que, desde un taxi, se precipitaron sobre las puertas traseras de la ambulancia para disputarse la frente y el pelo de Adriana, derramado sobre la almohadilla. Desde los pliegues del vestido rosa de Adriana, Fulvia vio saltar los gnomos borrachos de sangre, como furtivas sanguijuelas, segura de que regresarían de sus escondites para hendir en ella sus colmillos. Y apagó lentamente el cigarrillo en el cenicero que había tomado la forma de una boca roja que se abría en flor sin quebrarse, porque sabía que era una flor de cristal en su tallo de porcelana cubierto de musgo dorado.



N:  
ORTAZAR  
ENO  
TENDEZ  
IDE

CONSEJO DE DIRECCION:

MIGUEL ALASCIO CORTAZAR

FERNANDO R. MORENO

ITALO GRASSI

CARLOS PATRICIO MENDEZ

MARIA TERESA MEIJIDE

CeDInCI

NUMERO 4

GRABADOS IMPRESOS DE SUS TACOS ORIGINALES

CeDInCI

CARPETA EDITORA (en form.). Hecho el depósito dispuesto por la ley 11.723. Argentina. 1970/1971.

La Editorial no comparte necesariamente las opiniones y criterios expuestos por los colaboradores. Se terminó de imprimir en ARTIGRAF ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS, Deán Funes 1960, Capital Federal, el 22 de diciembre de 1970.